

Importancia epistemológica y metodológica de “lo nacional” para el tratamiento actual de las relaciones internacionales

FRANCISCO R. DÁVILA ALDÁS*

Resumen

En este artículo, el autor destaca la importancia teórica y metodológica de “lo nacional” en el tratamiento actual de las relaciones internacionales. Frente a la insistencia, por parte de los ideólogos de la globalización, de la tendencia a la desaparición de las naciones, vale la pena destacar, al contrario, el fuerte resurgimiento de las mismas, tanto como formas de preservar la identidad de sus pueblos como modos peculiares de fortalecerse internamente para proporcionar a los grupos sociales que las integran el más amplio rango de posibilidades para hacer efectivos sus intereses particulares y generales. Todo ello dentro de un concierto internacional cada vez más flexible y ágil, más abierto a las dimensiones planetarias de los problemas, pero también consciente y respetuoso de las múltiples alternativas de solución nacional a los mismos, en un marco de pluralidad y democracia.

Abstract

This study points out the epistemological and methodological importance of dealing with the core meaning of “national perception” to construct a valid understanding of the International Relations. Now, when the ideologues of the global modernity, insistently mark unilaterally the disappearing of nation-states as a trend of modern societies, it is necessary to consider their steady momentum as forms to preserve their identities, or peculiar modes to increase their internal force to give their social groups a rich array of opportunities to achieve their particular and general goals. This, of course, in an open, flexible and light international world, that is, conscious of the global problems, but respecting their different and multiple national solutions, in a plural and democratic frame.

Palabras clave: relaciones internacionales, nacionalismo, Estado-nación, lo nacional, lo internacional, globalización, lo exógeno, lo endógeno.

Introducción

Las grandes líneas de este trabajo pondrán sobre el tapete la necesidad de considerar primordialmente a los sujetos nacionales

* Centro de Investigaciones en Relaciones Internacionales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Col. Copilco Universidad, Coyoacán, México, D.F., C.P. 04510.

como generadores y hacedores de las relaciones internacionales. En efecto, y en el umbral del siglo XXI, la descomposición, la recomposición y la creación de nuevas entidades “nacionales y estatales” es la cara de Jano del amplio movimiento globalizador que ofrece más promesas que realidades para el mejoramiento de las relaciones entre los países y pueblos de la “aldea global”, donde o bien nos ayudamos y cooperamos para solucionar nuestros ingentes problemas nacionales, o continuamos buscando cómo imponer sobre los demás nuestros intereses particulares en un proceso de dominación, explotación, opresión y subordinación, que nos conduce a la paz sólo para volver a iniciar la guerra.

La importancia del conocimiento de “lo nacional” para la formulación de nuestras “relaciones internacionales”

Resulta difícil en unas cuantas líneas esbozar la larga e intrincada marcha histórica a partir de la cual se constituyen los sujetos nacionales. Por otro lado, sería extremadamente osado y peligroso caracterizar o precisar a partir de un criterio universal, de una regla general, el modo peculiar de organización nacional. No obstante, luego de estas salvedades, que podrían considerarse como los requisitos de orden epistemológico y metodológico mínimos para avanzar en nuestro cometido, es preciso y procedente esbozar alguna de las condiciones históricas, económicas, políticas, sociales y culturales en las que aparecen y se producen socialmente las naciones.

Nos referimos a las integraciones macrosociales específicas del mundo moderno; es decir, a los grandes conjuntos sociales que surgen con autonomía, con personalidad propia —podríamos decir—, dentro de un amplio contorno geopolítico y temporal. No nos restringiremos a evocar las meras experiencias históricas pasadas que nos remiten a la construcción lenta de las naciones europeas. Nos referimos a la acelerada irrupción de la nación en Estados Unidos, luego a la nueva ola de surgimiento de otras naciones en Europa, en América Latina y en uno que otro país asiático a lo largo del siglo XIX; pero, especialmente, consideramos la compleja situación del siglo XX donde, en primer término, la lucha anticolonialista fue la fuente

abundante de nuevas naciones; así como la expansión de los imperialismos económicos la causa de la sumisión de otras. En segundo y último término, dentro del amplio panorama mundial de cambios económicos, políticos y sociales actuales, el fenómeno de la construcción de nuevas naciones y la recomposición y descomposición de otras es un dato empírico mundial insoslayable, que es preciso destacar, pues continuamente está alterando el complejo tejido de las “relaciones internacionales”.

Ello nos permite, por un lado, discrepar de los planteamientos de los ideólogos de la “globalización”,¹ que consideran a esta forma de integración como vieja y caduca porque “frena la cooperación global” e impide la realización de una “gran era de libertad individual y una creciente prosperidad y nuevas oportunidades para todos los pueblos del globo”,² y por otro, sostener que la cooperación entre las naciones no deja de ser un buen deseo, una esperanza quimérica en el marco de un orden internacional donde impera la dominación y se acrecienta la explotación y las demás formas de opresión y subordinación que la mundialización salvaje del capitalismo está causando.

Las grandes potencias industriales, de cuyas raíces nacionales emergen las llamadas empresas o corporaciones transnacionales, interesadas en incrementar sus beneficios a costa de los recursos humanos y naturales de los países y naciones pequeñas, nos hablan de apertura, de cooperación, de integración de las diferencias para conseguir la paz y la prosperidad. En realidad, la nueva cruzada globalizadora de la iglesia neoliberal ha traído miseria y desesperanza a las grandes mayorías que componen los Estados-nación débiles del globo, los países y naciones en “vías de desarrollo” que para po-

¹ Entre los más notables, Walter Weyl, un influyente escritor político y astuto analista del poder corporativo (*American World Policies*, New York, The Macmillan Company, 1917); Adolph Berle, el padre de la teoría de la moderna administración global de los negocios (*The 20th Century Capitalist Revolution*, New York, Brace and World, 1954; *The American Economic Republic*, New York, Harcourt, Brace and World, 1963); George Ball, antiguo director de la correduría Lehman Brothers, subsecretario de Estado y embajador de Estados Unidos en las Naciones Unidas (“Cosmocorp, The Promise of the Multinational Corporation”, *Fortune*, June 1, 1967; “Cosmocorp, The Importance of Being Stateless”, *Columbian Journal of World Business*, 2, November/December, 1967); y Peter Drucker, acérrimo defensor del libre comercio para las empresas transnacionales (*The New Society: The Anatomy of the Industrial Order*, New York, Harper and Brothers Publishers, 1949; *The Age of Discontinuity: Guidelines to Our Changing Time*, New York, Harper and Row Publishers, 1968).

² Cf. G. Ball, “Cosmocorp, The Promise of the Multinational Corporation”, *Fortune*, June 1, 1967, p. 80.

der lograrlo —esa es la ilusión— han hipotecado su soberanía y han sufrido una tremenda merma de su autodeterminación y autonomía; esencia de la nacionalidad que los Estados (como la expresión política e institucional del poder de mando colectivo, dimensión social abstracta del derecho natural de autodeterminación de los individuos, y como poderosos núcleos moduladores de las relaciones entre las naciones o “relaciones internacionales”) deben incrementar, defender y preservar.

En estas circunstancias, el mayor conocimiento y la revalorización de “lo nacional”, que expresa el interés común del pueblo que integra la nación, que es el resultado de las luchas y de los conflictos resueltos o no de los nuevos proyectos de vida que los diferentes grupos sociales impulsan en aras de un convivir social más humano, no sólo es una necesidad teórica y metodológica para una mejor comprensión de las relaciones internacionales, sino una necesidad práctica para hacer de la política internacional un instrumento importantísimo para el alcance de nuestros objetivos nacionales.

La constitución de los sujetos nacionales: aspectos teóricos y metodológicos

Si bien es abundante la literatura sobre el origen de las naciones europeas de corte clásico, es menor la que hay acerca de los posteriores procesos y mínima sobre los actuales. Por otro lado, a pesar de sus grandes divergencias teóricas e ideológicas, tanto los teóricos marxistas³ como los sociólogos y los politólogos inspirados en Weber y en el funcionalismo llegan a un consenso sobre los rasgos generados de este singular proceso.⁴ Ambas escuelas afirman que las

³ Véase O. Bauer, *La cuestión de las nacionalidades y la social democracia*, México, Siglo XXI Editores, 1979; H. Mommsen, “Nacionalismo. El problema de las nacionalidades”, en *Marxismo y democracia*, Madrid, Ríoduero, 1975; K. Kautsky, *La nación moderna*, México, Siglo XXI Editores, 1978 (Cuadernos de Pasado y Presente, 73); K. Kautsky, *Nacionalidad e internacionalidad*, México, Siglo XXI Editores, 1978 (Cuadernos de Pasado y Presente, 74); S. Bloom, *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.

⁴ C. Solé, *Modernización, un análisis sociológico*, Barcelona, Península, 1976; K. Deutsch, “Problems of Nation-Building and National Development”, en *Tides Among Nations*, New York, London, The Free Press, 1979; A. Smith, *Las teorías del nacionalismo*, Barcelona, Península, 1976; S. N. Eisenstadt, *Modernisation. Protest and Change*, Englewood Cliffs, 1966; y N. Smelser, *Essays in Sociological Explanation*, Englewood Cliffs, 1968.

naciones europeas son productos sociales de la era moderna; ello también es aplicable a los demás casos, aunque actualmente vivimos ya en la posmodernidad, y por ello críticamente renunciamos a los mitos y promesas de redención nacional que no se fundan en la lucha por la democracia,⁵ un valor moderno no devaluado y que implica la amplia participación plural de todos en la solución de nuestros ingentes problemas.

Continuando con el hilo de nuestra argumentación, cabe aclarar que su teoría de la modernidad, en el caso del marxismo, se explica como el proceso de cambio discontinuo, revolucionario, del feudalismo al capitalismo, donde las integraciones sociales premodernas o como Marx las llama: “sociedades o comunidades naturales”, “estamentales” o de “clases premodernas”, no se han desprendido aún de los lazos naturales,⁶ y por tanto no pueden elegir las libremente. Para los weberianos y funcionalistas se trata de un proceso evolutivo continuo de la sociedad tradicional a la moderna, donde la vieja idea evolucionista del progreso está siempre presente. En su caso, el paso de la “comunidad” premoderna o *Gemeinschaft* —donde la voluntad esencial, la tendencia básica, instintiva, orgánica predomina— a la “sociedad” moderna o *Gesellschaft*, donde la voluntad arbitraria, forma de volición deliberada y finalista, determina la elección de los individuos, es producto de la evolución humana; como lo es el paso de los Estados prenacionales a los nacionales.

No es nuestro interés mostrar las diferencias entre las dos concepciones, que sí las hay, sobre el origen y el desenvolvimiento de la nación, sino, al contrario, buscar los rasgos comunes que ambas destacan, pues dichas teorías han constituido y constituyen las herramientas básicas con las que se ha desbrozado el aspecto peculiar de la construcción de los otros procesos nacionales a los que ya aludimos. Se advierten, por otro lado, entre los marxistas ortodoxos, excesos de determinismo economicista que son morigerados por los heterodoxos, quienes así como los weberianos y los funcionalistas, tratan de alejarse de los causalismos unívocos, entendiendo que la

⁵ Para aclarar y ampliar las anteriores afirmaciones véase A. Heller y F. Feher, *Políticas de la posmodernidad* y *El péndulo de la modernidad. Una lectura de la era moderna después de la caída del comunismo*, Barcelona, Península, 1989 y 1994, respectivamente.

⁶ Cf. K. Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador), 1857-1858 (Grundrisse)*, Madrid, Siglo XXI, p. 1072.

diferenciación estructural que se da con la evolución o “*continuum* de la historia” tiende a descomponer y a desintegrar las instituciones tradicionales de toda índole, lo que puede ser impedido por un tiempo, gracias a mecanismos de reintegración que poco a poco van siendo modificados y dan origen a las instituciones modernas.

En las dos grandes teorizaciones se advierte, además, que los cambios surgen de las estructuras internas, unas económicas y las otras no, pero todas ellas previamente integradas; sin embargo, el impacto modernizador puede darse impulsado desde dentro, o sea endógenamente, o desde fuera, o sea exógenamente, dependiendo de la fortaleza o debilidad de las estructuras internas.

Aunque las anteriores deducciones no quedan explícitas entre los teóricos de ambas escuelas, podemos afirmar como parte de nuestra hipótesis de trabajo, que la producción de la nación es una realidad histórica, un proceso que es decantación de otros anteriores que constituyen su estructura. Se trata en unos casos de una comunidad cultural, como en las naciones europeas; y en otros, como fue el caso de las naciones de América Latina, de un proyecto de unos cuantos ciudadanos, de un Estado en el que subsistían diversas culturas que era preciso unificar o integrar, o de naciones ya hechas que en lucha contra otras fueron asimiladas o asimilaron a las anteriores, o bien, decidieron integrarse en una nación de naciones, en una comunidad o federación nacional.

En todas las situaciones se trata de conjuntos humanos ya complejamente estructurados, donde las comunidades naturales ya se habían o estaban diluyéndose, en los que podía haber o no un acto consciente de pertenencia colectiva, de voluntad de autonomía o una voluntad implícita, no dicha y no consciente, pero aceptada, de constituir un Estado, pues sería éste el que permitiría, dentro de un territorio dado, una cultura o varias, por el afloramiento del sentimiento nacional, cuya expresión acabada sería la autonomía, la autodeterminación política de los individuos. Dichas las cosas en términos del estructuralismo, se trata de dos estructuras sociales ya integradas, altamente diferenciadas y conflictivas, donde un conjunto de hombres se nombran “nacionales” frente a otros que no lo son; o sea los no nacionales. Como resultado de esta escisión fundamental, de esta integración fundante, o sea, constitutiva de “lo nacional”, aparece la posibilidad de la “relación internacional”, o bien se trata de una volun-

tad explícita de establecer determinados vínculos comunes que, al realizarse efectivamente, constituyen la realidad social internacional.

Genéticamente, la realidad nacional es la gestora de la realidad internacional. Ello, desde el punto de vista epistemológico nos impele necesariamente a considerar lo nacional para entender la dinámica internacional y, a partir de allí, construir las mediaciones necesarias, la manera y los modos, la metodología, para comprender la relativa autonomía de “lo internacional”, puesto que ésta es una estructura derivada de la previa estructura nacional. A su vez, esta última puede tener efectos pertinentes de alta significación sobre las propias realidades nacionales. Esto es, “lo internacional”, puede *a posteriori* condicionar ampliamente lo nacional y aun determinarlo, subordinarlo, descomponerlo o desintegrarlo.

La constitución histórica de los sujetos nacionales y la aparición de las relaciones internacionales

Desde las épocas prehistóricas, nos señalan los pensadores sociales, se formaron las integraciones naturales; es decir, individuos o grupos de individuos, familias, hordas y tribus, que tienen un mínimo de cohesión endógena y pueden identificarse a sí mismos a partir de ciertos intereses comunes elementales. Estos grupos entran en contacto frecuente, establecen relaciones, sean éstas amistosas u hostiles, que poco a poco van conformando un patrón de conducta o comportamiento peculiar.

La paz o la guerra entre ellos demuestra un mayor grado de organización y cohesión de estas comunidades y, cuando ésta última se da, asistimos a descifrar los primeros vestigios de un poder que se ha organizado tanto en torno a la defensa como al ataque de otros grupos exógenos a ellos, pero que ya han conformado los primeros vestigios del poder y de la administración de estas sociedades o integraciones más complejas, las que ya tienen un buen dominio colectivo de las fuerzas externas de la naturaleza y ya han iniciado un significativo intercambio mercantil.

Por su parte, las actividades económicas, los ritos, los mitos contruidos, junto con el acervo de prácticas y conocimientos teóricos, van gestando nuevas esferas de significación que más tarde confor-

marán una amplia visión del mundo y de los hombres, la cual, junto con el saber más decantado, se convierte en el cohesionador cultural unificador de esas agrupaciones antiguas que ya contienen algunos rasgos fundamentales de las naciones-Estado históricas.

Cabe mencionar que en el interior de estas estructuras sociales ya más complejas se percibe claramente un tipo de funciones codificadas que las llamaremos endógenas, pues se remiten a las relaciones, formas, conductas y acciones para conservar, orientar y dirigir a los individuos y al grupo; y otras funciones exógenas, que se remiten a las formas de convivencia, relaciones, trato y defensa respecto de otros grupos semejantes.

Las relaciones que las comunidades establecen entre sí, son pues, tan antiguas como las formas de vida humana y constituyen una esfera estructurada exógena a ellas, pero producto específico de estas relaciones que van alterando de un modo u otro las previas estructuras endógenas. Al correr de los tiempos y al multiplicarse las funciones internas y ampliarse las relaciones externas surgieron las grandes ciudades y los imperios antiguos.

Con lo anterior, las guerras de conquista se multiplicaron y, con ellas, la dominación de unos pueblos por otros; mientras tanto, los intercambios y las relaciones económicas entre grupos distantes y cercanos crecieron y se ampliaron a lo largo de las dimensiones del mundo conocido. Aparecen entonces las fronteras dibujadas, los límites naturales y formales y los ejércitos para defenderlas o para atacar a los invasores. Los estratos militares, nobiliarios y religiosos se multiplican de acuerdo con las nuevas funciones de administración, gobierno y control que crecen. Es más, la base social de campesinos y artesanos que sustentan la vida y la actividad de estas ya grandes masas sociales, diferencialmente estructuradas e integradas, se amplía aún más.

Por otro lado, la piratería, el pillaje, los sobornos, las formas de esclavitud y de subordinación y subyugación, que son la demostración palmaria del poder ya institucionalizado y organizado que crece, nos bosquejan las formas de violencia que expresan las contradicciones y conflictos de intereses que aumenta en el interior de las nuevas formas de estratificación e integración social más complejas, las que tuvieron su génesis y fundamento en el interior de las primeras estructuras integrativas. El tiempo, las circunstancias y los acontece-

res nos marcan la indisoluble unidad de las fuerzas productivas, de la estructura social, de las formas políticas y de gobierno, así como de las formas mentales que marcan el progreso social; esto es, el incesante irrumpir de sociedades más complejas, terreno fértil para el surgimiento de grupos nacionales premodernos, unidos por lazos étnicos, religiosos y lingüísticos, que se proyectan hacia el futuro, pero que nos señalan claramente la presencia de estructuras exógenas a ellos. Éstas se generan en los intercambios de relaciones entre las comunidades y grupos sociales semejantes que, de una u otra manera, se expresan en códigos, conductas y prácticas aceptadas mutuamente y que las tradiciones y los escritos antiguos consignan.

Es así que en Asia, África, China y la India, cuna de civilizaciones muy antiguas; en Europa, donde Grecia y Roma florecieron; entre los pueblos fenicio, egipcio y hebreo, surgieron estructuras dispersas de una ya compleja actividad exógena que los grandes imperios ejercieron y que conforman los vestigios de la más estructurada actividad exógena que, con el surgimiento de las naciones modernas, se llamarían relaciones internacionales; esto es, los intercambios, los lazos externos, las conductas políticas, las normas y pautas comúnmente aceptadas entre las naciones.

Más cercanas a nuestro horizonte histórico están ya las ciudades autónomas de Italia, de los países nórdicos, de Alemania y Holanda, a fines de la Edad Media, de las que se conocen sus embajadores y sus prácticas diplomáticas, las que a lo largo de los siglos se fueron desplegando en los reinos y en los nacientes Estados-nación europeos. Conocemos cómo la España unificada y colonialista y el Portugal explorador y comerciante extendieron sus imperios y fueron los primeros en establecer el incipiente mundo internacional de reglas de conducta, que bien podríamos ya llamarlas de política internacional, con las cuales racionalizaron y expresaron sus conductas frente a otras naciones en consolidación. Ello, cuando el orden capitalista se expresaba ya como una enorme economía internacional en expansión, que había roto las fronteras y trabas que el feudalismo en descomposición aún imponía.

En los siglos XVII y XVIII, las relaciones entre los imperios decadentes y las otras naciones e imperios en ascenso se multiplicaron y, sobre el patrón de política internacional impuesto por los imperios español y portugués, se despliega la nueva diplomacia inglesa, fran-

cesa y holandesa. Para entonces, Inglaterra ya era una gran potencia comercial y marítima, y la primera revolución industrial estaba ya cambiando sus viejas estructuras agrarias, comerciales y financieras, lo que no sólo le permitiría consolidar fuertemente su mercado interno, sino lanzarse a la conquista de los mercados internacionales europeos, especialmente los de España, Portugal y sus colonias, que proveían a las anteriores con innumerables recursos de los cuales aún disfrutaban monopólicamente.

Así, frente a esta nueva efervescencia comercial, financiera e industrial, los nuevos intereses de conquistas económicas y políticas que los imperios europeos tienen en vista, permiten el despliegue de un canon ya más sistematizado de regulaciones de las conductas internacionales a partir de las cuales la diplomacia de las mismas realiza una serie de compromisos, alianzas, tratados comerciales, que permiten regular la competencia internacional en ascenso que marca la acelerada modernización industrial que viven las naciones europeas. Al mismo tiempo, se van cerrando los lazos internos de una mayor cohesión e integración, apoyada e impulsada por la consolidación del mercado interno: “el mercado nacional”,⁷ que marca uno de los rasgos característicos del ascenso de las nuevas naciones modernas.

No es de admirarse que a partir de este momento los cánones, las normas y las prácticas reguladoras de las relaciones internacionales de ese entonces, principalmente los intereses del expansionismo comercial de Inglaterra, Francia y Holanda, hayan sido los elementos fundamentales que los juristas recogieron, compilaron y sistematizaron para conformar lo que más tarde se llamaría el derecho internacional, que universaliza el principio de la libertad para surcar los mares y para comerciar sin trabas. La utilidad práctica de esta sistematización era evidente, sirvió para que los embajadores y cancilleres de las monarquías e imperios absolutistas europeos afianzaran y consolidaran, frente a las demás naciones, sus conquistas territoriales y comerciales, esto es, su dominio colonial.

⁷ Este nuevo rasgo complementa el de unidad política de la nación, expresado en las ideas de autonomía, autodeterminación y soberanía con la de unidad económica, la concreción objetiva para que “los nacionales” puedan tener las bases materiales de su desarrollo y del reparto social de las riquezas generadas en el proceso productivo que también ellos controlan.

No obstante estas seguridades jurídicas de los intereses hegemónicos y colonialistas externos, también sirvieron para oprimir y apaciguar los anhelos de libertad y democracia de los pueblos sometidos al absolutismo monárquico europeo. La agitación social que se inició con la Revolución francesa se extendió por toda Europa y arrasó las fronteras y monarquías que habían contenido la ola de modernización política que permitió el surgimiento de nuevas realidades nacionales. Por su lado, en Estados Unidos, y más tarde en América Latina, la construcción de las nuevas naciones se asentaba sobre la idea clave de autonomía, libre determinación y soberanía que los pueblos reivindicaban en contra de los imperios coloniales ingleses y españoles.

Con esta nueva ola de construcciones nacionales, las limitadas relaciones internacionales que se correspondían con los intereses de las monarquías absolutistas y colonialistas, a la sazón suplantadas por los burgueses republicanos, el panorama internacional se volvió más amplio y complejo. Las alianzas, tratados, conferencias y ententes que se suceden a lo largo de todo el siglo XIX, no intentan regular la convivencia pacífica de las naciones europeas, sino contener el fantasma de la rebelión social contra los nacionalismos manipuladores de las causas populares y democráticas; esto es, no en función de la defensa de los intereses generales del pueblo soberano, sino de los intereses particulares de sectores y clases minoritarias.

Poco a poco, la política internacional, las relaciones internacionales, concentradas en las alianzas y convenios diplomáticos multilaterales y bilaterales de las cancillerías de los países europeos poderosos, imperios coloniales en decadencia, cederán el paso a las nuevas fuerzas modernizadoras de la industria y de las nuevas tecnologías que estaban reformando los fundamentos económicos de la vieja Europa y se habían ya desplegado mundialmente. Alemania y Rusia se habían ya abierto al nuevo proceso de industrialización acelerado que también se había extendido desde Europa hacia Estados Unidos y más tardíamente hacia Japón. El intento de crear nuevos espacios políticos para la consolidación de las conquistas industriales a las nuevas naciones industrializadas a lo largo del ya ampliado y abigarrado mundo de nuevas naciones que habían surgido al escenario mundial, culminará no con una era de paz y de progreso, sino con una enorme gama de enfrentamientos nacionales que provoca-

ron la internacionalización de la guerra y la unilateralización del progreso; esto inevitablemente condujo la Primera Guerra Mundial, de cuyos arreglos de paz enmarcados en el tremendo poderío de los intereses particulares de los vencedores se originó la Segunda Guerra Mundial.

Los intentos de los países europeos por controlar el curso de los conflictos entre las nuevas y las antiguas naciones europeas, e imponer por la fuerza del derecho internacional su hegemonía política y económica en descomposición, fueron vanos. Desde la Santa Alianza, la Cuádruple Alianza, hasta el Congreso de Verona y las dos Conferencias de Paz en la Haya, donde la expresión de la composición internacional de las naciones representadas fue más ampliada, los anhelos por crear un comité representativo de las mismas para la cooperación y ayuda internacional, con miras a solucionar los ingentes problemas nacionales y los de carácter internacional que de ellos se derivan, no fueron las más de las veces sino modos engañosos de buscar vagas formulaciones jurídicas para imponer, sobre las naciones menos poderosas, los intereses particulares de las grandes potencias de ese entonces.

Así pues, la lucha contra ese avasallamiento de unas naciones poderosas a otras apenas en formación, continuará a lo largo de todo el siglo XX. En vano, las Naciones Unidas, que al menos representan formalmente a la mayoría de las naciones del mundo⁸ y que fueron, a pesar de todas las afirmaciones contrarias, proyectadas como un esquema organizativo y administrativo primario de un gobierno mundial, han tratado de evitar la guerra, escondiendo el inevitable poderío de los intereses de las grandes potencias nacionales sobre las naciones pequeñas, que es la base real sobre la que reposa este foro internacional. De allí lo limitado de sus planteamientos y de sus acciones para buscar soluciones permanentes para los grandes problemas de las naciones en sus relaciones con otras.

En resumen, el orden internacional que se ha venido creando, construido mediante contactos esporádicos y luego relaciones per-

⁸ Esta organización internacional por antonomasia, que en 1945 representaba formalmente los intereses de 50 naciones coligadas y que en la actualidad está conformada por 191 naciones, reemplazó a la Liga de Naciones formada en 1919. Ésta sólo representó a las grandes potencias de Europa Occidental, pues de ella fue excluida la Unión Soviética, y tampoco pertenecía Estados Unidos, las dos grandes potencias emergentes del siglo XX.

manentes entre las naciones que se fueron construyendo, o entre los individuos y las instituciones de esas entidades soberanas, junto con sus objetivos, normas, regulaciones e instrumentos, no ha dejado de ser, hasta nuestros días, un producto de las relaciones entre las naciones y, como tal, de tener impactos significativos de diversa índole sobre las mismas: las alianzas, los compromisos, las negociaciones, las cancillerías, los embajadores, las escuelas de diplomacia, el derecho internacional, la guerra, el espionaje, la propaganda, el pillaje, la intimidación y otra serie de mecanismos y de productos, entre ellos las instituciones económicas, políticas y culturales que las naciones han utilizado para prolongar su acción e influencia sobre las otras naciones. Ello, en la actualidad, no deja de ser más verdadero que nunca, a pesar de la enorme persuasión de los propagandistas e ideólogos de “un nuevo orden globalizador”, donde éstas tendrán que desaparecer por ser arcaicas, caducas y opuestas a conseguir el progreso y la paz.⁹

Casi cinco siglos han pasado desde que se dieron las primeras manifestaciones del nacimiento de estas instituciones soberanas modernas y continúan en la actualidad, volviendo a nacer, crecer y fortalecerse, pues con las transformaciones que ellas promueven se tiene la posibilidad de que la renovación del orden internacional que generan para su sobrevivencia y expansión se dé efectivamente, justamente cuando la guerra, la opresión y la miseria amenazan a sus pueblos.

Last, but not the least, y ello para confirmar con una conclusión provisional, desprendida de una prueba empírica de la historia de estas instituciones de las que hemos hecho un resumen abigarrado en extremo, la hipótesis de que en la era de la globalización las naciones son una realidad viviente y actuante y su constitución y sus procesos de eclosión y de maduración, al contrario de lo que afirman los

⁹ “Siendo el encuadre político de las relaciones internacionales nacionalista y la base de la economía, el clásico Estado-nación ya no tiene la capacidad de alimentar y vestir a su pueblo o defender sus fronteras por sus propias fuerzas”, según Adolph Berle, en *The 20th Century Capitalist Revolution*, New York, Brace and World, 1954, pp. 157-159; mientras George Ball, otro de los ideólogos de la expansión mundial de las transnacionales, complementa la idea diciendo que: “Mientras el Estado-nación está enraizado en arcaicos conceptos (los de soberanía y nacionalismo) incapaces (*unsympathetic*) de expresar las necesidades de nuestro complejo mundo, la corporación multinacional se fundamenta en un concepto moderno diseñado para acoger los requerimientos de la edad moderna.” *Vid.* “Cosmocorp, the Promise of the Multinational Corporation”, *Fortune*, June 1, 1967, p. 80. La traducción de las citas es mía.

“globalizadores”, no se oponen a la modernización: entendida como un progreso de mejoramiento de sus formas de vida, del llamado “progreso social”, sino que, precisamente, las luchas nacionales contra todas las formas de dominación, explotación, opresión y subordinación son el motivo principal de sus reivindicaciones.

En este sentido, frente al acoso formidable del capitalismo salvaje, léase del proceso avasallador de imponer los intereses de las grandes potencias nacionales sobre las naciones pequeñas y subdesarrolladas, promoviendo formas de apertura y de integración que las conducen a la pérdida de su autonomía, autodeterminación y soberanía, se desprende la necesidad de luchar por la consolidación de nuestras características nacionales, pues son ellas las que ampliarán nuestra libertad, como pueblos soberanos, de buscar nuestras propias opciones.

Así, apoyándonos en la anterior constatación histórica y en la conclusión política resumida en los dos últimos párrafos, desprendemos otra de nuestras conclusiones provisionales en el campo teórico y metodológico, que se resume en la necesidad de conocer, indagar e investigar sobre nuestras propias necesidades y nuestros propios problemas. Se trata, entonces, de estudiar en primer término “lo nacional”, las “realidades nacionales” para, a partir de allí, entender nuestras necesidades de aceptar la ayuda y la cooperación internacionales. Dicho en otros términos, nuestras políticas internacionales, las relaciones que entablamos con las otras naciones, deben desprenderse de “nuestros intereses” nacionales, que se van dando dentro del marco de las luchas entre los diferentes grupos plurales para alcanzar con mayores libertades una mejor vida para todos. Vale aclarar que no pensamos en ideales irrealizables, en quimeras e ilusiones, por lo que no deseamos las promesas de las corporaciones multinacionales, de la cooperación global, y menos aún el apoyo real en “dólares americanos” o en cualquier otra moneda por parte de las naciones poderosas. Esto nos ayudaría grandemente a aligerar nuestros enormes esfuerzos por procurarnos una mayor libertad individual y social, así como una creciente prosperidad y nuevas oportunidades para todos; pero, lo enfatizamos: sin perder nuestra autonomía y autodeterminación, aquello que en resumidas cuentas se llama soberanía nacional y que en lenguaje común significa que no renunciaremos y trataremos de construir nuestro destino con nuestras propias manos.

Apuntes teórico-metodológicos para el estudio de “lo nacional”

Las teorías y sus funciones epistemológicas y metodológicas

Las teorías explicativas de lo social son el resultado de construcciones mentales, de conocimientos, donde la realidad y la explicación o comprensión de la misma se formulan y se articulan conceptualmente. Escogimos para tratar “lo nacional” tres teorías de la modernidad que han indagado su nacimiento y su devenir: la del marxismo, la de la sociología comprensiva y la del funcionalismo.

Desde este punto de vista epistemológico, la explicación de “lo nacional” o sea, de todos los elementos fundamentales o característicos de la nación (el objeto de análisis) fueron el resultado de un conocimiento de la misma; es decir, de una explicación, de una comprensión y de una interpretación, todas ellas pertinentes al objeto de conocimiento. Ahora bien, como conocimiento ya dado, la teoría (las teorías) se convierte en herramienta analítica, en previsión de lo social nacional que se intuye o que, hipotéticamente, se postula. Es por ello que, desde esta perspectiva, son un punto de partida, un instrumento necesario para la indagación, pero no su punto de llegada; porque el nuevo conocimiento de la realidad dependerá de la realidad social misma que está en constante devenir, esto es, de las formas particulares que asuman en el futuro las invariantes, su ser así, su existencia. Ésta puede ser conocida y explicada mediante los rasgos comunes de lo social una vez deducidas sus particularidades histórico-temporales y espaciales.

Todas las anteriores teorías de lo social nacional escogidas, por otra parte, se desprenden de una perspectiva más amplia, de una gran teoría que nos indica qué es lo social y cuáles son sus componentes. En este sentido, sin entrar en mayores detalles, las escogimos de acuerdo con su capacidad explicativa y como un buen instrumento analítico, adecuado al objeto que pretendemos indagar. En el primer caso se trata de una opción epistemológica y, en el segundo, de una opción metodológica que realizamos.

Los tres planteamientos teóricos en sus versiones más ricas son endogenistas; esto es, no aluden a causas que no provengan de la dinámica intrínseca del objeto, ya que se trata de una construcción

de un proyecto político, de determinados hombres en determinadas circunstancias, las que se presentan como condicionamientos, más no como determinismos ciegos.

De este modo, estas teorías de la nación y del Estado que, para las tres escuelas que lo tratan es el instrumento de perfeccionamiento o de degradación de la nación,¹⁰ tienden metodológicamente a privilegiar en sus explicaciones las realidades endógenas y, en segundo lugar, las exógenas que afectan favorable o desfavorablemente a los Estados y naciones en sus estructuras integrativas, son, pues —como instrumentos o herramientas analíticas— más apropiados que las “teorías exogenistas”.

El concepto

a) El concepto pocas veces se distingue de la noción y de la idea; no obstante, Kant le dio un sentido muy preciso y lo definió como: “una representación general de lo que es común a varios objetos y, por consiguiente, también es una idea capaz de dar razón de varias cosas diferentes”.¹¹ El concepto, a su vez, conjunta las propiedades características que se aplican a todos los seres o a todos los objetos de la misma especie y que los distinguen de los miembros de otras especies. De modo más genérico, el concepto se presenta como “el símbolo abstracto y general que es la suma de todos los conocimientos que nosotros poseemos sobre una clase de cosas o de seres”.

A estas definiciones abstractas y formales, correctas y rigurosas, la ciencia moderna les ha añadido una dimensión histórica; el concepto es una construcción incesante, está siempre construyéndose, transformándose, deformándose y alargándose: “El concepto científico que corresponde a un fenómeno particular es el conjunto de aproximaciones sucesivas bien ordenadas. La conceptualización científica necesita una serie de conceptos en vías de perfeccionamiento [...] para totalizar y actualizar la historia del concepto. Más allá de la historia, impulsada por la historia, la conceptualización científica

¹⁰ El tratamiento de este aspecto amerita mayores explicaciones que rebasan las exigencias de este ensayo teórico-metodológico.

¹¹ Cf. P. Souquet, “Concept”, en *Grande Encyclopédie*, tomo XII, p. 294. La traducción de la cita es mía.

suscita experiencias para deformar un estudio histórico del concepto. En la experiencia, busca las ocasiones para complicar el concepto, para aplicarlo a pesar de la resistencia del concepto, para realizar las condiciones de aplicación que la realidad no reúne.”¹² Es por ello que frente a las perspectivas de tratar lo relativo a la nación de manera abstracta, formal, funcional o pragmática, le opusimos una perspectiva histórica, varias construcciones teóricas que rescaten, alarguen y amplifiquen la riqueza de esta realidad que pretendemos estudiar. Que nos sirva, además, de herramienta analítica para construir los medios efectivos que conduzcan a lograr los objetivos, los fines, los valores que contiene el concepto de nación. Todo ello, en el interior de un rico conjunto de teorías generales de la sociedad y del hombre que la produce.

Es más, nos interesa que el estudio de esta realidad nacional nos posibilite una forma o una fórmula más efectiva de generar nuevas experiencias de nación, naciones fortalecidas, enriquecidas, autónomas y plurales, capaces de transformarse para incrementar la riqueza social a un ritmo más acelerado para un necesario reparto social que a todos favorezca.

Trataremos pues, de dar al concepto de nación su doble significación de construcción ideal, abstracta, síntesis de puntos de vista coherentes, por un lado y, por otro, instrumento revisable, perecible, de una actividad política concreta que sobrepasa el objetivo de la ciencia.

b) Admitida la existencia del concepto de nación establecemos también un juicio, y éste último es siempre una valoración que presupone los rasgos mínimos que son necesarios para que se dé “lo nacional”, “la nación”, y lo que “no es nacional” o se deriva de “lo nacional”, como es “lo internacional”, las relaciones entre naciones y sus productos sociales y naturales.

En este sentido, el concepto de nación es una síntesis de juicios de valor virtuales, no es un elemento neutro, aséptico, sin significados políticos y, por tanto, no se traduce en un lenguaje común a todos los científicos sociales, ni a las perspectivas políticas de las tres vertientes teóricas que fueron nuestro punto de partida. El concepto

¹² G. Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, pp. 73-74.

de nación que hemos escogido y que construiremos a partir de aproximaciones sucesivas, valiéndonos de las tres teorías, contiene nuestras opciones éticas, que se corresponden con nuestros ideales, con nuestros objetivos y con nuestras actividades teóricas y prácticas.

Aproximaciones teórico-metodológicas al concepto de nación

Podríamos afirmar en una primera aproximación, que el mundo, el espacio geográfico de dimensiones más extensas que conocemos actualmente en nuestra realidad social, es un mundo de naciones. Las naciones abarcan los cinco continentes y se extienden en la misma dimensión en que se amplía el mercado mundial, el mundo llamado por los ideólogos de la globalización: globalizado.

Ahora bien, si el mercado mundial es la creación más dinámica del capitalismo, éste último se ha desarrollado generando naciones, mejor dicho, “Estados nacionales”, cuyo elemento constitutivo puede ser la nación o la forma o modo nacional de organización de la nación. Así entonces, la nación, o su modo nacional de organización, puede constituirse en un prerrequisito de la conformación de la nación o en el proyecto que impulsa la construcción de la nación; en la acción política de unos cuantos que, por intermedio del Estado (entendido como concentración y dirección de la actividad política para la construcción de la autonomía, de la autodeterminación), fijan los objetivos y las estrategias, esto es, las acciones sobre los que descansaría esta autonomía. Así, la existencia de un mercado interno, nacional, una lengua, una cultura, un elemento o sentimiento común de pertenencia, o una esfera unitaria de significación para la comunicación de los sentires sociales y de la cultura unificadora, serían prerrequisitos para la eclosión de la nación.

Se trataría de una sociedad que se constituye como sujeto colectivo, que tiene ya una conciencia de sí misma, de la integración de sus miembros a las mismas condiciones geográficas, antropológicas e históricas que generan una organización social propia capaz de controlar su propia capacidad productiva, los agrupamientos sociales que esto produce y la distribución de poder que de allí resulte.

Se entiende por qué el desarrollo del capitalismo requiere y requirió de la conformación de las naciones y de su etapa de culmi-

nación, que es la conformación de los Estados-nación. Pero la construcción de las naciones es un proceso histórico muy complejo en el que no puede afirmarse, sino como hipótesis, que el capitalismo construye a la nación en su plenitud convirtiéndola en Estado-nación. De allí se desprendería que el perfeccionamiento, la potencialidad de la nación rebasa esta forma de producción que le dio origen. Pero, lo que sí queda claro es que la conformación de los Estados nacionales resultó históricamente de la forma de organización que le dio a la nación las posibilidades de expansión mundial.

Como se puede observar, restringimos el concepto de nación a la conformación histórica del capitalismo, sin por ello desconocer que existían naciones antes del desarrollo del mismo y que la mayoría de las veces estas naciones precapitalistas conforman los elementos constitutivos de las naciones del moderno capitalismo y de las opciones socialistas.

A partir de ciertos rasgos generales, que podríamos extraer de la anterior exposición, caracterizaríamos a la nación y fijaríamos el contexto nacional, en primer lugar, como una dimensión espacial única (un territorio y una historia) en la que se generan sociedades particulares, individualizadas, singulares, con un alto grado de complejidad en sus grupos sociales, aunque también provistas de un alto nivel de centralización y homogeneidad económica: un mercado interno consolidado y cultural, una red de comunicación social amplia que permite cierta estandarización social generadora de autoconciencia y autonomía colectiva respecto a otras sociedades parecidas.

El concepto de nación evoca, entonces, una singularidad histórica y social de una determinada sociedad, así como una conciencia colectiva de esa singularidad, dentro de un contexto de homogeneidad y centralización económica y cultural determinado por condiciones geográficas, antropológicas e históricas únicas, que sirven de base y fundamento al proceso de expansión y consolidación de la propia nación.

Así, pues, hablar del contexto nacional o de la cuestión nacional es proceder a la explicación del proceso interno de generación de una sociedad con autoconciencia de su peculiaridad y dueña de sus propias decisiones de transformación interna, de su autodeterminación y soberanía en sus dominios. Como nos podemos dar cuenta, el interés de la explicación teórico-metodológica está puesto en el

examen de sus conexiones geográficas, demográficas, históricas y económicas, que inician el proceso de su composición y su desarrollo endógeno. Se trata, tomando una analogía biológica, de un genotipo que tiene en sí su propio esquema de características internas pero que, expuesto a la acción de los agentes externos, tiene necesariamente que modificarlos, alternando de este modo su propia organización interna, en el sentido de expandirla, si tiene la suficiente fortaleza interna para hacerlo, o bien, cerrarse, cubrirse o defenderse, si internamente se perciben debilidades.

En estas mutaciones, ni los elementos internos actúan con pautas o patrones estereotipados, ni los elementos externos se imponen como leyes de hierro por una vía única; antes bien, se establecen múltiples posibilidades sobre las cuales los hombres, los grupos sociales que integran la nación, deben optar, ateniéndose a las consecuencias que necesariamente alterarán el previo contexto interno, la opción nacional.

“Lo internacional”, como producto o derivación de lo nacional

Surge como prolongación de lo nacional, que es lo sustantivo —lo otro es sólo la conexión—, el espacio de diferenciación. Son estos sujetos singulares y complejos, con autonomía y autoconciencia, las naciones que actúan para sí, pero con consecuencias externas a ellos mismos, los que producen la interrelación, lo internacional, las acciones externas a las naciones o la relación que se establece entre las naciones.

Lo “no nacional”, para la nación considerada, en su autoconciencia, en su autonomía y soberanía, es lo que está fuera de su contexto; se trata de otra sociedad única y autónoma externa a ella, pero que puede influir, interactuar en su propia individualidad. Lo “no nacional” se convierte así, para cada nación, en el terreno de su acción exógena, de sus intercambios, de su comunicación y de su conducta hacia fuera; o sea, el espacio en el que se desarrollarán y gestarán las relaciones entre las naciones; lo que genera la dimensión social internacional o lo internacional simplemente; lo que está entre unas naciones y otras. El espacio y el tiempo, la sociedad, la economía y la cultura que no son nacionales, vale decir, que no pertenecen a la nación considerada en su singularidad, pero que sí son el resulta-

do de la conducta recíproca externa de las naciones, es lo que llamamos el espacio social internacional.

Así, el escenario en el que se mueven los actores nacionales para interrelacionarse, para constituir lo internacional, es un espacio social intermedio, una mediación que en realidad no dispone de espacio geográfico autónomo, algo propio de lo internacional. Allí se mueven los actores, los creadores de lo internacional, las naciones y, en primer término, la dirección política de la nación, el punto toral de la centralización del poder nacional, de la conducta política externa, de sus objetivos, sus instrumentos, sus normas y sus instituciones orientadas hacia el exterior: el Estado. Allí también se mueven otros actores nacionales: individuos, colectividades o instituciones de índole económica, social y cultural cuyos intereses no son político-estatales, pero que sí están orientados hacia la esfera intermedia: la internacional.

Todos estos actores se caracterizan por su orientación hacia las relaciones internacionales, y en sus acciones producen, crean instituciones, organismos, reglas, acuerdos y mecanismos para operar en el espacio social internacional; esto es lo que llamamos comúnmente los organismos internacionales. Éstos, aunque sean generados por las naciones, no lo son para actuar directamente sobre ellas, sino en el campo internacional, lo que no cancela que tengan una acción, que siempre es indirecta, sobre las naciones.

Así entonces, lo internacional es: *a)* o bien un producto de las naciones con consecuencias propias sobre las otras naciones, o *b)* una realidad social que, con origen en las naciones, adquiere independencia y autonomía relativa respecto a las naciones y actúa con eficacia propia sobre ellas.

En el primer caso se trata de una dinámica interna de las naciones, según las hemos definido, capaz de generar en su interior consecuencias relacionales que afectan a otras naciones. En el segundo caso se trata de agentes, sujetos “no nacionales”, vale decir, internacionales: organismos internacionales, asociaciones internacionales, mercados internacionales, políticas, individuos, grupos internacionales que, con su propia dinámica, inciden decididamente sobre las naciones.

En el campo metodológico es importante definir y distinguir no sólo los elementos endógenos de los elementos exógenos, sino la

gran riqueza dialéctica de la combinación de ambos para enriquecer nuestros análisis de lo nacional y de lo internacional.

No obstante, cabe tener presente que hablando de lo nacional como conjunto, éste se altera por su propia dinámica intrínseca y por la acción de otras dinámicas que son de otras naciones, es decir, de dinámicas externas, ya sea en conjunción o de modo alternativo y secuencial.

Además de esto, cada Estado-nación o cada nación-Estado (que no es lo mismo) puede o pertenece simultáneamente a diferentes conjuntos macronacionales: internacionales amplios que lo afectan o a los que afecta de diferente manera, como por ejemplo: América Latina, América Hispana, el Continente Americano, Centroamérica, el Pacto Andino, el Mercado Internacional, el Mercado Común Europeo, Zona e influencia Europea, Norteamérica, sistema socio-político global: sistema capitalista, sistema socialista. Por esto es preciso establecer claramente los límites y las interacciones entre unos y otros, lo que equivale en términos metodológicos a definir de modo concreto sus articulaciones y sus intensidades dinámicas en términos de consecuencias endógenas o exógenas.

Lo normal dentro de un análisis de una situación nacional concreta es que se dé un entrecruzamiento de los diferentes conjuntos de carácter endógeno o exógeno. Así, por ejemplo, la vuelta a la democracia en algún país latinoamericano puede deberse a la situación internacional imperante (variados agentes exógenos), a la situación propia de los problemas internos de América Latina (variantes agentes exógenos), a la situación propia del país (variados agentes endógenos), a su evolución interna. Todos esos conjuntos causales, dinámicos, se entrecruzan, pero no todos tienen la misma intensidad en generar consecuencias importantes para dicha nación. De acuerdo con las exigencias epistemológicas o metodológicas, debe buscarse con diligencia cuáles son los agentes exógenos capaces de desencadenar consecuencias endógenas que alteren la dinámica endógena, o cuáles son los factores endógenos capaces de asimilar sin mayores consecuencias las influencias exógenas. En ambos casos se trata de detectar entre las diferentes dinámicas las de mayor intensidad endógena o exógena, lo que implica necesariamente establecer una jerarquía de articulaciones, de condicionamientos o de determinaciones según las circunstancias concretas de cada caso en estudio.

Peligros y sesgos de las teorías deterministas exógenas o endógenas

Como ya señalamos anteriormente, las teorías son herramientas adecuadas al tratamiento del objeto y el método; el cómo, la manera de hacerlo, también tiene y debe corresponder con la naturaleza del objeto. En el caso de lo nacional, su dinámica es interna y por ello se privilegiaron teorías de orientación endógena; pero se puede correr el peligro de sesgar el análisis creyendo que la dinámica interna no tiene nada que ver con el entorno o contexto externo en el que se desarrolla el fenómeno social.

Se indicó que en lo nacional, si bien la determinación genética es interna, ésta depende de las circunstancias así como de la índole interna de sus estructuras, esferas y coordenadas, o sea, de la resistencia o debilidad de las mismas y de la fuerza, contundencia o debilidad de los impulsos exteriores sobre ellas. Estas características no pueden, *a priori*, ser parte del cuadro teórico o metodológico, puesto que pertenecen a la realidad del objeto, que es independiente de cualquier punto de vista. La determinación causal no es un punto de partida, sino un punto de llegada que es preciso demostrar sin sesgos ni trampas teórico-metodológicas.

Lo que es producto del análisis científico debe ser cierto, es decir, verdadero para todos, independientemente de la utilidad y la aplicación práctica que se haga de los resultados ciertos. De no hacerlo así, estamos cayendo en el determinismo ciego y en el dogmatismo que son opuestos al conocimiento científico.¹³

Determinismo de lo exógeno

Largo resultaría, en estos apuntes que realizamos, examinar el carácter exógeno de algunas teorías para la comprensión de la realidad nacional. Sólo las enumeramos: la teoría del imperialismo, del desarrollo del capitalismo como sistema mundial, teoría del desarrollo y del subdesarrollo, teorías de la dependencia y teorías de la globalización.

¹³ La explicación del carácter verdadero de la ciencia es compleja, pues depende de la concepción que de ella se tenga. Para una discusión más amplia, véase F. Dávila, *Teoría, ciencia y metodología en la era de la modernidad*, México, Fontamara, 1996.

Determinismo de lo endógeno

Del mismo modo procedemos con las teorías de carácter endógeno, tales como las teorías geoespaciales, geopolíticas, teorías de la raza y de la cultura de la nación y del Estado.

Dialéctica de lo endógeno y de lo exógeno

Una fórmula para obviar estos peligros es la dialectización de lo endógeno y de lo exógeno, lo que se alcanza metodológicamente articulando las teorías sobre la base de las siguientes salvedades.

1) Lo nacional, como lo hemos explicado, tiene existencia social propia; aún no se ha dado el caso de que un organismo internacional sea el generador de una nación, puede, sí, promover, impulsar, presionar para facilitar o impedir la consolidación de un ente nacional, pero la generación de la nación es interna a los elementos constitutivos de la misma y a los impulsores del proyecto nacional.

2) Lo internacional, por su lado, es un producto derivado, originado en lo nacional; no puede surgir solo, pero sí puede tener independencia relativa de lo nacional. Ello no significa que no tenga su dinámica propia, pero por su naturaleza, esta dinámica nace en lo nacional, se refiere a lo nacional, puede condicionar a lo nacional.

3) Por las razones anteriores, concluimos que las dos realidades: “lo nacional” y “lo internacional” se intergeneran incesantemente y, por tanto, constantemente se alteran unas a otras, por lo que pueden ser articuladas de modo dialéctico. No obstante, vale aclarar que el primado del movimiento, de la genética que induce esta dialéctica articuladora, es lo endógeno, puesto que es la matriz de sí mismo y de lo internacional.

4) Desde el punto de vista teórico y metodológico, el investigador puede escoger lo nacional y lo internacional como objetos de estudio separados y destacar los rasgos de su interés; es decir, privilegiar en sus explicaciones lo exógeno o lo endógeno en la construcción del objeto de su conocimiento. Pero esta elección tiene que ser justificada epistemológica y metodológicamente y se debe tomar en cuenta que lo legítimo de poner entre paréntesis, de suponer como constante alguno de los elementos de un proceso dialéctico, no significa eliminarlos, ni reducirlos a simples reflejos el uno del otro.

Teorías de articulación de lo nacional y de lo internacional

Toda teoría de lo nacional implica necesariamente una teoría de lo internacional, aunque sea sólo por el mero hecho de definir las. Por ello, el problema teórico se circunscribe a buscar un criterio epistemológico que nos permita metodológicamente fijar o señalar de alguna manera cómo los elementos endógenos de un conjunto se articulan con los elementos exógenos de otro conjunto, y a partir de allí determinar el peso específico de sus consecuencias, o sea, establecer teóricamente cuál es más condicionante o determinante que otro. En otras palabras, desde el punto de vista metodológico se trata de generar un criterio de jerarquización y ordenamiento y proceder a hacerlo.

**El contexto nacional e internacional,
sus dimensiones y sus articulaciones**

Como hemos indicado anteriormente, fijada ya la articulación dialéctica procedemos al manejo del contexto, es decir, el medio ambiente, las circunstancias generales en las que se desenvuelven ambos fenómenos de acuerdo con las opciones teóricas escogidas.

Se trata de destacar y analizar el proceso de desarrollo del capitalismo a escala mundial, porque éste establece el marco común en el que se perfilan las situaciones particulares. O el panorama del *continuum* del movimiento modernizador, es decir, el paso de la sociedad tradicional a la moderna. En ambos casos se pretende buscar o señalar, hablando en términos de una comparación genética, el medio propicio para el desenvolvimiento de una dinámica particular, de un genotipo particular. El Estado y la nación expresarían este genotipo, porque ambos enmarcan las fronteras entre lo interno y lo externo, en el contexto de una formación social, de una sociedad dada.

Las ideas de “formación social” o de “sociedad dada”, usadas por las teorías que escogimos, expresan en general esta peculiaridad del desarrollo económico y social en un contexto común de determinación externa, pero también niegan, disuelven o asimilan esa deter-

minación, porque el Estado y la nación, para conformarse, tienen necesariamente que asimilarse como particulares, singulares, únicos.

En América Latina, por dar un ejemplo, el Estado expresa la contradicción entre dominantes y dominados, lo cual se cristaliza en las prácticas sociales de explotación capitalista. El proceso general de expansión capitalista a escala mundial, entonces, tiene su especificidad en una dinámica social interna, pero no puede desconocer la dependencia externa, la hegemonía externa a la que están sometidos dominantes y dominados, dado la dinámica general que condiciona el contexto interno. Por su lado, el proceso de modernización estatal tiene necesariamente que pasar por una creciente extensión del poder concentrado en los estamentos tradicionales privilegiados para generar las instituciones modernas en la que los numerosos grupos de la sociedad estarán ya representados.

Por otro lado, toda la lucha por la emancipación social tiene que hacer frente a la dominación directa, manifestada por las clases dominantes en el interior de la formación social, y a la dominación del capital que éstas expresan más allá de las fronteras. Por ello, la tensión entre la liberación nacional y social (emancipación social), la autonomía, la autodeterminación nacional, sintetizan el juego de fuerzas internas y externas que determinan las condiciones de superación de dominación interna y externa que causan la opresión nacional, la incapacidad de producir directamente las riquezas y de realizar su reparto. Por su parte, los grupos modernos se ven constantemente acosados por los grupos tradicionales que poseen las instituciones económicas, políticas y sociales y detienen el proceso modernizador; por el copamiento de las mismas, por los gobernados, la lucha por su creciente irrupción en ellas, rompiendo la dualidad de la sociedad que expresa la subordinación de lo moderno a lo tradicional, causante de la falta de autonomía de autodeterminación de los gobernados por ellos mismos; por las nuevas instituciones que se construyen para su participación.

Determinación de los sujetos

Fijado el contexto y las dimensiones de lo nacional y de lo internacional, establecidos sus límites, el tratamiento es metodológico y se

remite a la localización de los sujetos dentro del escenario que antes se fijó: el contexto nacional e internacional.

Para esto nos cuestionamos, de acuerdo con nuestro instrumental teórico y metodológico, sobre los actores, los sujetos actuantes, los realizadores de las acciones que culminarán con la emancipación nacional, que fortalecerán la autonomía y la autodeterminación, que realmente llevarán adelante el proceso general de modernización económica, política y social que los volverá más autónomos.

Conclusión

El trabajo presentado concluye con una serie de señalamientos metodológicos para indagar lo nacional y lo internacional, sin lo cual, la finalidad por la que se elaboró podría diluirse, si no se pone la suficiente atención en destacar en esta conclusión el objetivo que nos fijamos.

La revaluación de los estudios nacionales, hablando genéricamente de “lo nacional”, es prioritaria desde el punto de vista político. En ello insistimos en la primera parte del trabajo; no obstante, este objetivo no se puede realizar sin la investigación, sin la ayuda del conocimiento científico, que es una forma de conciencia ilustrada: verdadera, objetiva, no ideologizada, no confundida con nuestros deseos o nuestros prejuicios. Así, conociendo nuestro país, nuestras necesidades, nuestras debilidades, nuestros problemas, encontraremos soluciones y, a partir de ello, nos fortaleceremos como nación; esto es, incrementaremos nuestro espacio de autonomía y de autodeterminación, así como nuestra mermada soberanía.

Las relaciones internacionales y sus políticas son las formas de conducta que nuestra nación y las otras adoptan para relacionarse mutuamente; la disciplina de las relaciones internacionales nos permite de modo racional y ordenado entender estos comportamientos que podemos resumir en la necesidad, el interés que cada nación tiene en fortalecerse ampliando sus influencias fuera de su propio entorno nacional.

Ahora bien, aunque la ayuda y la cooperación internacionales son un medio para salir adelante con mayor celeridad, no son el único. No obstante, en la sociedad mundial en que vivimos, a pesar de las

hermosas promesas de los “ideólogos de la globalización”, que la presentan como la redentora de todos nuestros males, nadie nos ayudará y cooperará desinteresadamente. Los intereses de las otras naciones, sus relaciones internacionales y su conducta, se reducen a su fortalecimiento, aun a costa de la dominación y subordinación de otras naciones más débiles. Ése es el orden internacional actual y ésta es su lógica. El cambio requiere una decisión política y una opción moral que resultan difíciles de llevarse a la práctica.

Entre tanto, no podemos vivir de promesas y de ayudas que tienen como contrapartida grandes sacrificios nacionales y, como si esto fuera poco, junto con ellas tenemos que aceptar imposiciones, presiones e ingerencias en nuestra propia autonomía. Por la urgencia de solucionar nuestros problemas, aceptamos políticas y estrategias que no se dan en sentido de nuestros propios objetivos y las cosas empeoran en lugar de mejorar.

Concluimos, pues, resumiendo un planteamiento político que ya enfatizamos en la primera parte de este trabajo: no desechemos la ayuda y cooperación internacionales —ello nos ayudaría grandemente a aligerar nuestros enormes esfuerzos por procurarnos una mayor libertad individual y social y una creciente prosperidad y nuevas oportunidades para todos—, pero no a costa de nuestra autonomía y autodeterminación, puesto que no podemos renunciar a construir nuestro destino con nuestras propias manos.

Recibido el 8 de septiembre de 2003

Aceptado el 15 de enero de 2004